

# El turismo como excusa



**Javier Aroca es jurista y antropólogo. Además, es jefe de Investigación en el Centro de Documentación Europea de la Universidad de Sevilla. En su trayectoria**

**profesional también ha ocupado el cargo de viceconsejero de Turismo en la Junta de Andalucía.**

He sido uno de los privilegiados que ha tenido la más alta responsabilidad en materia de turismo del gobierno. Fue una gran experiencia, cómoda, en todo caso, gratificante. Cada rueda de prensa, cada comparecencia ante los medios, cada feria, era un éxito. Los datos apabullaban a cualquiera, siempre las estadísticas ahogaban cualquier crítica, los medios agradecidos al turismo jamás te hacían preguntas incómodas. Y sin embargo, siempre me planteaba, al final de los datos triunfantes, las mismas interrogantes. Sobre el empleo y su calidad, los bajos salarios, el agotamiento y deterioro de los recursos, los escenarios de cartón piedra, el urbanismo agresivo e inmisericorde. En definitiva, la sostenibilidad de una industria con una participación muy alta en el PIB de Andalucía.

Veo que la tónica sigue siendo la misma. Prescindo de los datos. Hace casi dos décadas después de aquella experiencia, me haría las mismas preguntas, y añadiría otras preocupaciones. Entre otras, la gentrificación de las ciu-

dades, la ligereza de la política, conformada apenas en dar datos. ¿Para qué amargarse con el futuro, con el cambio de modelo productivo?

En pleno ejercicio de mis responsabilidades, ocurrió el atentado contra una sinagoga en la isla de Yerba, en Túnez. Los operadores turísticos hicieron su trabajo, pudimos dar, otra vez, buenas cifras. De esa inestabilidad, de la provisionalidad del éxito por razones geopolíticas parece que nadie está dispuesto tampoco a prepararse.

El modelo funciona porque lo demás no funciona, porque, por ejemplo de momento, no estalla la paz en el Mediterráneo, porque hay tifones en el Caribe, porque la seguridad, el petróleo, el euro... Pero ¿y luego? ¿Dónde estará nuestro éxito y nuestro mérito?

Cuando escribo estas letras, mis vecinos están felices porque hay otra coronación en Sevilla. Un hostelero me decía, ojalá hubiera todos los días una procesión (queda poco), vienen los turistas. Ojalá haga buen tiempo, ojalá la Feria dure más, y el Rocío, y más velás. Ojalá los chinos den más premios a sus trabajadores y los manden a millones a Europa. El efecto Madruga, prescindiendo de debates rancios e improductivos, debería haber puesto ya en alerta a los capataces de la ciudad. En cambio, seguimos, siguen, en su inalterable propósito de convertir Andalucía en un parque temático. En el parque trasero del ocio capitalino.

Así estamos, el turismo es una bicoca para los políticos. La vida de uno de ellos, por muy

larga que sea, es menor que los ciclos turísticos, el marrón se lo comerá otro.

Pero se está gestando la insostenibilidad del modelo y mientras, no habremos hecho nada para vivir de otras cosas. Los salarios son penosos, las condiciones de trabajo también, los servicios, consecuentemente, empeoran en calidad, la formación no es necesaria en tiempos de precariedad, los precios bajan en una loca carrera por el turismo más depredador.

Las ciudades y pueblos se están contagiando por el fenómeno del pueblo indio. Un pueblo que no existe de una tribu que nunca existió. Da igual ir a un sitio que a otro. Cartón piedra, comida estándar, hasta los *souvenir* son de serie.

Y la depredación del suelo, del territorio, de las ciudades, en ese nuevo fenómeno de la gentrificación, expulsión de las poblaciones a los barrios periféricos, todo en alquiler, vida falsa, tiendas falsas, pero sobre todo, una política indolente.

La industria turística, su éxito estadístico, se ha convertido en la excusa para la indolencia, para el fracaso en crear alternativas sostenibles, con salarios dignos y ciudades y pueblos vivibles por sus habitantes naturales, eso sí hospitalarios con aquellos que vengan a visitarnos y a compartir nuestras vidas, las verdaderas, no a invadirnos, como simples clientes de una industria cada día más de plástico, impersonal, depredadora.